

CASA CON TRES PATIOS.—Novela por *Guillermo Koenenkampf*,
Editorial Ziz-Zag, 1939

Guillermo Koenenkampf es un poeta, y en esta hermosa historia en que se van transparentando como en un espejo cotidiano los estados de alma de un niño, muestra una vez más su alta calidad de tal. Un niño soñador sabe descubrir los más cultos matices a través de su sensibilidad, pues no descifra aquellos aspectos de la vida que se quedaron ajenos a su comprensión buscando la explicación de ellos en la realidad, sino que los rodea de una verdadera malla de sugerencias que vienen desde lo recóndito y suben a su mente como el aroma de un manojo de flores que a la vez distrae con su gracia variada y colorida.

Resulta difícil y hasta peligroso encasillar un libro dentro de un determinado género de creación artística, pues a la larga la misma obra suele encargarse de deshacer las argumentaciones que se formulan con este fin. Pero en este caso es interesante poner de relieve el hecho, de que en la historia de este Fernancito, que deja correr las horas embelesado en la atracción que sobre su alma de niño ejerce la presencia de esa joven de mirada célica, no hay nada de preconcebido, para buscar un efecto determinado. La vida corre aquí sin grandes alternativas ni conmociones exteriores, pero en lo íntimo está el filón de oro de una verdadera emoción, la limpia vertiente de una ternura que se expresa sin artificios, y que para llegar al corazón del lector crea una atmósfera sutil de delicadas sugerencias.

Los seres que viven en esa casa con tres patios en la cual apenas se entra se respira un aire de santidad, casi, por la forma en que se presentan ante la mirada curiosa e investigadora del niño Fernán, se destacan sin embargo, con interesante personalidad en la media luz de esas grandes habitaciones, sobre cuyas ventanas enrejadas se proyecta la sombra del alero recubierto de tejas. Leonorita es allí la luz, pero una luz suave como la de una

lámpara votiva. Las viejecitas, sus tías, vida en penumbra que se desliza sin rumor, por los patios y corredores de la casa se iluminan con suaves sonrisas cuando la niña habla, cuando ríe desde su lecho en donde su rostro blanco y sonrosado tiene un curioso parecido con el de la Virgen. El niño Fernán no sabe explicárselo, pero el encanto y la alegría de esa casa, están allí en aquella habitación donde mora Leonorita, donde está siempre con su languidez y su dulzura, para hablarle como en un arrullo, acariciándole el corazón con sus palabras.

Hay siempre en la obra, un reflejo casi exacto de lo que es el hombre. Ya lo dijo Cristo: Por sus hechos los conoceréis. Guillermo Koenenkampf, es un hombre que aún en la madurez de su existencia no ha podido desprenderse de ciertos pudores que son seguramente el reflejo de su fina sensibilidad de artista. Porque hay algo de asceta en este hombre flaco, un poco huraño y a la vez agresivo en el contacto con las personas a quienes no ha entregado su intimidad. Quiere de esta manera disimular su timidez, su falta de condiciones para embestirle a la vida con ese coraje y decisión que la vida necesita para ser dominada. La pureza de su moral es irreconciliable con ciertos procedimientos que el hombre necesita afrontar para abrirse camino, para pelear, para gritar, para poner en evidencia el derecho que se cree tener. Y entonces Koenenkampf en la imposibilidad de hacerlo se aferra porfiadamente a sus visiones interiores, a su ensueño de poeta, resignándose a tomar de la vida sólo lo que ésta le quiere dar. Jamás se ha visto a Koenenkampf, llegar a las redacciones de los diarios, en actitud del hombre que va a solicitar algún servicio ya sea para pedir la publicación de algún trabajo literario, o buscar los medios necesarios a fin de que su obra sea conocida; menos para hacerse réclame. Tiene una dosis excelsiva de pudor, de ese pudor que es decencia también y que en cierta medida hace falta en el hombre. Y sin embargo, aún cuando la vida lo ha golpeado a veces brutalmente, Guillermo Koenenkampf, no es un amargado. No podría serlo jamás, pues su gran bondad

se lo impide. Jamás lo muerde la envidia, aún cuando tiene ocasión de ver como muchos ineptos tienen, sobradamente, lo que el merece. Es entonces cuando este hombre se encastilla, poseído por una especie de rebelde energía, en su aislamiento. Es cuando busca su refugio en el arte al cual se aferra con fervor sincero, pues tiene la conciencia de que realiza una obra que persistirá, con méritos que el tiempo destacará en su verdadero relieve. La vida no ha sido nada amable con él, y sin embargo, en su obra hay siempre una dulzura casi evangélica, un ensueño que busca los caminos de la belleza y de la emoción, para mostrar el dolor humano, o mostrar la herida que sangra, pero sin hacer aspavientos de apóstol ni de catecúmeno.

Y en ese Fernancito, que habla piensa y discurre alrededor, de las gentes que se mueven en esa casa con tres patios, está el autor que vuelve al pasado, sintiendo que en el hombre de hoy, está el niño de ayer, sin grandes dificultades para lograr que en este retorno al pretérito, sus oídos oigan las voces de antaño, y sus ojos recorran todo ese escenario que anima la presencia de la niña Leonorita, en cuya pieza se concentran todas las actividades de la casa, porque ella, dulce effluvio de encantos apenas insinuados tiene sin embargo una gran fuerza de atracción. Constituye el misterio seductor del relato con su gracia frágil que se realza a través de la fantasía de ese niño un poco triste y otro poco enfermo de soledad, que busca en el cariño de la joven un refugio a su orfandad de afectos, que no encontrará en la casa de los parientes donde vive.

En esta «Casa con tres patios» ha hecho el autor, una delicada evocación de la forma como transcurría la vida en estas grandes casonas santiaguinas, en donde no era difícil advertir marcadas reminiscencias coloniales, pues todas las costumbres tenían allí la puntualidad de un rito, cuyas formalidades se mantenían estrictamente. Por las mañanas esas viejecitas madrugadoras al primer toque del alba se marchaban a oír la misa, y por las tardes toda la familia se reunía en una de las habitaciones

de la casona para rezar devotamente el rosario. A la hora de las «once» se servía el mate cuidadosamente condimentado con yerbas olorosas, mientras la conversación rodaba lentamente; comentando las incidencias del día, las enfermedades del vecino, o el tema del último sermón oído en la parroquia, cuando a manera de paseo dominical, se iba a oír la misa del mediodía «al centro», cosa que era un verdadero acontecimiento en esa gente de vida tan quieta y apacible.

Ese niño Fernancito, no vive precisamente en aquella casona sino que va diariamente en busca de esa tibieza de hogar que necesita su alma soñadora. Rolfito, la tía Yaya, la tía Engracia, o esa solitaria tía Antuca, son para él un forzoso accidente en estas visitas pues la única que ilumina su espíritu es Leonorita, que todo lo embellece con su sonrisa. Esta novela es más bien un poema de evocación de la infancia, en que se destacan con rara claridad sentimental, los hechos que se quedaron grabados en la sensibilidad. Las más pequeñas incidencias le sirven de motivo al autor para darles un trascendente significado. Un raro don de observación de los detalles, permite a Koenenkampf, alejarlos de la realidad vulgar y cotidiana tendiendo sobre ellos ese diáfano manto de fantasía de que hablaba Queiroz. «Casa con tres patios» muestra una fina y novedosa tendencia clásica dentro de nuestra creación novelística.—L. D.

■

PASADO Y PRESENTE DEL INDIO.—Ensayos, por Antonio García,
Editorial Centro. Bogotá, 1939

Al oír nombrar al «doctor García», presidente de la delegación de estudiantes colombianos, que recién ha visitado a nuestro país, no nos imaginábamos encontrarnos al conocerlo, frente a un hombre muy joven, que habla con entusiasmo y vivacidad y muy pronto se gana nuestro afecto y aprecio por medio de su